

Dos meses pasaron de esta manera los españoles en festejos, coloquios y comidas, y, al fin, decidieron continuar su marcha proyectada al interior de la península. Antes, sin embargo, de partir, Montejo ejecutó un acto severísimo de justicia con uno de los más altos empleados de su ejército. Desempeñaba el oficio de alguacil mayor, un tal Palomino, y tenía á su servicio un criado español. De carácter irascible é intolerante, Palomino no sabía reportarse cuando el criado faltaba á sus deberes, y un día, enojado con él, tomó un palo, le dió un garrotazo, y le mató del golpe. El adelantado Montejo no quiso dejar impune semejante crimen, sino que hecha la sumaria averiguación, como el derecho requería, condenó á muerte al asesino, y, sin consideración alguna, le mandó cortar la cabeza, por mano del verdugo, en presencia de todos sus compañeros atónitos con la severa justicia que á todos nivelaba.

CAPITULO VII.

Salida de Belmá.—Matanza de españoles en Polé.—Coní.—Juego de cañas.—Descanso de dos meses en Coní.—Caachí—Sinsimato.—Ciudad de Chauac-há.—Batalla de Chauac-há.—Batalla de Aké.—Tregua. ¹

Salieron los españoles de Belmá, rumbo al occidente; mas, cuando se pusieron en camino contentos y agradecidos, no se sospechaban que á pocas leguas atrás, en Polé, los desdichados veinte enfermos que habían dejado á curarse, habían sido cruelmente asesinados. Quitados, pues, de la pena caminaban atravesando sabanas, terrenos frágosos y visitando pueblos, de los cuales muchos llegaban á tener hasta mil casas. De esta suerte llegaron hasta los términos de un pueblo llamado Coní, poco distante del puerto de Conil. ² Los habitantes salieron á recibirlos con alborozo y curiosidad, ofreciéndoles sincero hospedaje. Entraron al pueblo, y fueron tratados con el mayor agrado: los indios no omitieron ningun esfuerzo para dejar satisfechos á sus visitantes: en hombros trajeron, de la orilla del mar, canoas de las que les servían para su navegación, y, poniéndolas asentadas sobre paralelos, las llenaron de agua potable y fresca para que de ella se proveyesen los soldados españoles

¹ Oviedo. *Historia de Indias*, libro XXXII capítulo 3.^o
² Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo 1.^o página 126.

hasta la saciedad: levantaron rústicas enramadas, y, debajo de ellas, sirvieron diversas especies de manjares preparados con harina de maíz y pavos, y, además, horchata hecha de maíz, pimienta y cacao, en los vasos que usaban, y en los cuales sobresalía la espuma de color rojizo.

Los españoles saciaron bien su apetito, y quedarán completamente á su gusto, si no fuera por el temor que les infundía el crecido número de indios que estaban reunidos en el pueblo, pues que habían concurrido de todos los alrededores, movidos de curiosidad. El Adelantado aun estuvo vacilante entre quedarse ó continuar su ruta. Temiendo, no obstante, dejar traslucir la debilidad de su tropa, prefirió permanecer unos días en *Coní*, si bien tomando todas las precauciones que evitasen una sorpresa. Asentó su real en la plaza del pueblo, ordenó que los soldados no se dispersasen, sino que estuviesen congregados, de modo que se ayudasen mutuamente, y dispuso que, además de los centinelas ordinarios, hubiese seis soldados de caballería, en vigilancia constante, de noche y de día. En unos árboles muy elevados puso también centinelas que dominasen la llanura y el bosque inmediato, de modo que pudiesen avisar cualquier movimiento extraordinario que notasen.

En uno de los días siguientes, el Adelantado quiso recrear á los indios con un festejo: organizó un juego de cañas en que pelearon á caballo diferentes cuadrillas. Algunos de los ginetes menos diestros cayeron de los caballos, con grande risa y gritaría de los indios, que celebraban las malas figuras de los caídos, así como las posiciones poco de-

corosas en que quedaban maltrechos y golpeados. Montejo, que estaba pendiente de las impresiones de los espectadores, temió que la torpeza de las caídas disminuyese el prestigio de su ejército, y así, con rapidez igual en la concepción como en la ejecución del designio, hizo cundir la voz entre los indios de que las caídas entraban en el juego, y que los españoles se caían por su voluntad, y no por falta de energía y firmeza. Para comprobar más el hecho, hizo salir nuevos ginetes, todavía más desmañados, que no tan pronto entraron al campo cuando dieron con su cuerpo en tierra.

Pasados dos meses, salieron de *Coní*, despidiéndose de los indios como buenos amigos. Estos se propusieron disminuirles las molestias del camino, y, de media en media legua, encontraban los españoles enramadas sombrías, bajo las cuales había acopio de agua y víveres suficientes. Así llegaron hasta el pueblo de *Caachí*, el cual era de los más grandes y poblados de aquella región. Como en todos los pueblos principales, había una gran plaza en medio del pueblo, junto al templo principal, y á su rededor se levantaban las casas del cacique, de los sacerdotes y de la gente notable. Fué digno de reparo que aquel lugar era el emporio del comercio de aquella costa: en el amplio mercado pululaban los comerciantes y las mercancías, y era tan grande el número de los tratos y contratos que se celebraban, se suscitaban tantas diferencias y conflictos en la compra y venta de mercaderías, que el cacique del lugar había mandado construir cerca del mercado una casa en donde tenía constituido un almotacén que resolvía sin apelación todos los

litigios, verbal y sumariamente. Nada se escribía, no se cobraban derechos á las partes; sino que el juez oía sus quejas y defensas, y, sin más, sentenciaba lo que le parecía justo.

Dos días, no más, permanecieron en Caachí. A la salida de este pueblo, empezaron á notar extensas plantaciones de árboles hermosos, corpulentos y cubiertos de follaje: el campo se extendía llano, limpio y cuidado: se conocía que el trabajo del hombre pasaba por allí á menudo, y en efecto, eran aquellas plantaciones el objeto de un cultivo diligente y exquisito, en que se ocupaba un gran número de personas: eran plantíos de copal, cuya resina se empleaba como incienso en los templos, en los sacrificios y funerales: era materia de activo comercio, y en el mercado de Caachí se solicitaba como mercancía valiosa.

En la noche llegaron al pueblo de Sinsimato (*Sinsimté?*). Allí pudieron informarse de cómo se explotaba el copal: hacíase en el tronco de cada árbol un corte profundo, de manera que formase un receptáculo del tamaño de un puño: lentamente se iba destilando un licor espeso, que, cuajándose al aire libre, se convertía en una masa compacta de suavísimo aroma, y de allí lo desprendían, y, reunido en grandes cantidades, lo llevaban al mercado. Fuese por temor, ó por no haber encontrado en *Sinsimato* la cordial acogida de otros lugares, no tan pronto alboreó la luz, cuando los españoles emprendieron la marcha.

Estaban ya en pleno cacicazgo de Chauac-há, y se dirigían á la capital de este pequeño estado, situada no lejos de la playa. La ciudad de Chauac-há

capital de la provincia del mismo nombre, estaba muy poblada: en su recinto, vivían muchos hombres ricos, comerciantes, sacerdotes y nobles: en ella residía también el cacique: tenía muchas casas de piedra y templos bien construídos, con dibujos de hermosa apariencia: se extendía en longitud bastante prolongada, tanto que los españoles llegaron á los términos de la ciudad á las doce del día, y, caminando á buen paso, no hubieron de alcanzar la plaza central sino en la tarde. El cacique aparentemente recibió de buen talante á los españoles, aposentó á Montejo en su propia casa, y proporcionó buenos albergues á todos los capitanes y soldados. Se entregaron al descanso confiadamente, aunque con las precauciones acostumbradas. Por la mañana, la ciudad toda estaba desierta: el cacique, sus oficiales y todos los habitantes de la ciudad habían abandonado sus moradas. Los españoles no se explicaban el motivo de la fuga; mas empezaban á temer algun ardid ó ataque próximo. No obstante, muchos de ellos se esparcieron por la silenciosa ciudad, redrojando por las calles, casas y solares: por todas partes encontraban ropa, provisiones de maíz y aves.

A las diez del día, los centinelas colocados en las crestas más elevadas de los árboles, dieron la señal de alarma; y, apenas la habían dado, cuando una multitud de indios guerreros se precipitaron por todas las avenidas de la ciudad hasta la plaza en donde Montejo tenía su guardia, en la cual él mismo, por una feliz casualidad, montaba en la de caballería. Los indios no gritaban, no lanzaban alaridos, no tocaban tambores y chirimías, caracoles

y atabales, como tenían de costumbre, sino que se acercaron en silencio, como si pretendiesen dar un golpe de mano. El Adelantado y los ginetes sus compañeros dieron una carga cerrada é impetuosa á los asaltantes, y entrando y saliendo, y revolviéndose entre su densa multitud, resistieron su primer empuje, y dieron tiempo á que los demás soldados se armasen y acudiesen á la pelea. Unidos ya todos, destrozaron á los indios y los pusieron en fuga, dejando sembrado el suelo de cadáveres, contándose entre ellos diez capitanes ó *nacones*. De los españoles, perecieron diez ó doce, de los que erraban por los barrios de la ciudad en los momentos del ataque, y que, acosados, sitiados por turbas de indios, no pudieron reunirse á sus compañeros, y pagaron con la vida su atrevimiento y falta de disciplina.¹

El resto del día pasaron los españoles esperando una nueva embestida. En la noche doblaron las guardias, los caballos permanecieron ensillados, y los soldados francos se entregaron al sueño armados, y vestidos, en espera de un nuevo combate.

Se engañaron en sus temores: en toda la noche no hubo la más leve alarma, y, por la mañana, el cacique se presentó pidiendo la paz, y enteramente resignado á hacer buena amistad. La ciudad recobró su fisonomía habitual; cada vecino volvió á su casa; y, olvidándose los mutuos agravios,

¹ Y ganando la tierra llegamos cien soldados, en compañía del Adelantado, á un pueblo llamado *Choacá* de gran población, que tenía en aquel tiempo hasta tres mil indios, adonde tuvimos grandes reencuentros y guerra con los naturales, en manera que nos llevaron seis españoles vivos, sin poder remediarlo. Blas González. Op. cit.

españoles é indios fraternizaron durante dos días, como si pocas horas antes no se hubieran batido fieramente.

La amistad de los de Chauac-há no era sincera, á pesar de sus demostraciones aparentes: dieron, en verdad, auxilio á Montejo, proporcionándole cargadores y guías para conducirle á Aké, pueblo situado á algunas leguas de la mar; mas, en tanto que le hacían este servicio, enviaron violentamente un correo, por sendas extraviadas, para avisar al cacique de Aké que los españoles se dirigían á su pueblo, y que llevaban ánimo resuelto de matarlos á todos, y de arrebatárselos á sus mujeres. Por su lado, los cargadores de Chauac-há obedeciendo al mismo designio de crear dificultades, les hicieron creer que los indios de Aké, belicosos y taimados, habían concertado una celada para matarlos á todos en el cabo de su pueblo. La celada real y positiva era la de los de Chauac-há, y cayeron en ella los de Aké y algo también los soldados de Montejo. Al enfrentar con Aké, se pusieron todos en guardia preparándose á rechazar cualquier ataque: así, esperando por momentos repentina acometida, fueron entrando por las calles de Aké. Nada, sin embargo, cerrábales el paso, ningun movimiento sentían por sus costados: la retaguardia del pequeño ejército no acertaba á descubrir ningun signo de inquietud en los campos que dejaba atrás: todo era silencio en las calles, todo solitario en las casas, y esta misma soledad estimulaba los temores de los invasores. Pronto, sin embargo, hubieron de comprender que la estratagema era semejante á la que habían empleado los de Chauac-há: entraron en la

ciudad, se posesionaron de la plaza, ocuparon los lugares más estratégicos, y esperaron el término de aquel ardid indio con que estaban ya connaturalizados.

Realmente los de Aké habían huído sin tener tiempo de llevar sus muebles y provisiones: todas las casas estaban bien provistas de víveres, y esto aprovecharon los cargadores de Chauac-há para hacer un rico botín. Los españoles, aleccionados, se cuidaron bien de andar vagando por calles y casas, y, concentrándose, esperaron todo el día y toda la noche la inminente arremetida. Fueron engañados en su espera, pues no fué sino al día siguiente cuando los de Aké se presentaron en actitud de guerra y con ánimo de desalojar y acabar á sus adversarios. Venían en gran número; mas, como eran aguardados, la defensa fué fácil y oportuna: fuera de que estaba bien dirigida por jefes diestros, secundada por capitanes inteligentes, y por soldados intrépidos decididos á no dejarse vencer por el número. Las armas de fuego hicieron destrozos en los bisoños mayas; la muerte diezaba sus filas en tanto que respetaba las de sus contrarios; el espanto se extendía á la vista de la caballería que por fuerza rompía sus densos grupos de combatientes, ora pasándole las lanzas á través de rostros y cuerpos, ora derribándolos en tierra y pisoteándolos con los rudos y pesados cascos de sus caballos, ora revolviéndose entre ellos con la rapidez del relámpago. La refriega no tardó: muertos muchos capitanes indios, y creciendo cada vez más la pérdida de soldados, pronto vino el pánico, y todos los de Aké emprendieron la fuga, dejando en el campo

los cadáveres de sus compañeros. Más felices los españoles, apenas contaron algunos heridos, los cuales no daban por mal sufridas sus penalidades á trueque de la victoria que habían alcanzado, y, sobre todo, por haberse librado de perecer sacrificados cruelmente.

La victoria fué fructífera, pues al día siguiente el cacique de Aké y su pueblo se rindieron á discreción, humildemente pidieron la paz, solicitaron la amistad de Montejo, quien, con su política habitual, dioles buena acogida, olvidando las tribulaciones pasadas. Otro fruto de las dos batallas reñidas, seguidas de la sumisión incondicional de los derrotados, fué que se esparció por las comarcas vecinas la fama de las proezas de los castellanos, produciéndose la persuasión de que, si no imposible, al menos era muy difícil vencerlos. Con esto, muchos caciques quisieron más alcanzar el respeto de los invasores por la conciliación, que no arrostrar los estragos de una lucha desesperada. Enviaron embajadores al adelantado Montejo, con instrucción de saludarle y hacerle entender el deseo que abrigaban de llevar con él relaciones de amistad y de paz. Los embajadores fueron recibidos con honor, tratados con miramientos y agasajados con regalos de las bujerías de diversas especies que de Europa se habían traído. Se convino en hacer tratados de amistad y de paz, y promesas recíprocas de fidelidad á su cumplimiento parecieron cerrar en aquel punto las hostilidades, al menos en la faja de tierra que se extiende por la costa nordeste. Oportuna era la tregua, que ya Montejo estaba agobiado de penalidades de todas clases y necesitaba reposo.